

SECCION CUARTA.

DE LA MUJER, Y DE SUS ATRIBUTOS FISICOS Y MORALES.

Las diferencias sexuales no se ciñen á los órganos solos de la jeneracion en ambos sexos; pues todas las partes de su cuerpo, y aun aquellas que parecen inconexas con su mútua diferencia, experimentan su influjo. Ya hemos dicho que la accion de la pubertad abultaba específicamente las formas de los miembros, y aumentaba la pujanza de la vida exterior; sin embargo este efecto es mas perceptible y señalado en el hombre que en la mujer.

Nótase por lo comun mas alta estatura, músculos mas forzúdos, tez mas morena, cerebro mas anchuroso, huesos mas macizos, voz mas bronca, pecho mas dilatado, vello mas cerrado y oscurecido, en el hombre que en la mujer.

Esta ofrece, por lo mas, cabellos largos, finos y flexibles como sus fibras, una piel blanca y delicada, carnes tiernas y blandas, á causa del gran ensanche de su tejido celular y mantecoso, formas ovaladas, el torneio de sus miembros es agraciado, caderas muy anchas, los muslos gruesos, y peque-

ños los extremos. Las partes superiores del cuerpo del hombre, tales como el pecho, las espaldas y la cabeza, son robustas y poderosas; la capacidad de su cerebro es muy considerable, y contiene de tres á cuatro onzas mas (segun nuestros experimentos) que el cráneo de la mujer; pero las caderas, las nalgas, y el bacinete son en el hombre mas estrechos y mas flacos que en la mujer. La estatura del hombre, á mas de ser comunmente mayor, es mas ancha en lo alto que en lo bajo, y se parece á una pirámide puesta al revés.

Lo contrario sucede en la mujer, pues tiene la cabeza, las espaldas y el pecho pequeños y delgados; al paso que el bacinete ó las caderas, las nalgas, los muslos y los demás órganos del bajo vientre son sumamente anchos; y de ahí es que su cuerpo viene á terminar en punta. Esta diferencia de conformacion corresponde con el desempeño peculiar de cada sexo. Al hombre le cupo de suyo el trabajo, el empleo de las fuerzas corporales, el ejercicio del pensamiento, la antorcha de la razon y del númen, para sostener la familia que ha de acaudillar; la mujer, á quien debió confiarse el depósito de la jeneracion, necesitaba un bacinete espacioso que cediese á la dilatacion del útero durante la preñez, y al paso del feto en el momento del parto. Por eso el tronco de la mujer es mas largo que el del hombre, en quien la mitad del cuerpo corresponde al pubis, al paso que en la mujer, la mitad viene á caer entre el pubis y el ombligo, y tiene los lomos mas estensos y el cuello mas largo

y delgado; pero las piernas, muslos y brazos son en ella mas cortos que en el hombre.

De ahí su talle cenceño, reparable con especialidad en las negras jóvenes, y aquella elegancia de miembros, la soltura desenvuelta de sus movimientos, la lijereza y el donaire, resultados naturales de la blanda flexibilidad de la organizacion femenina. Ya se deja entender que una estructura mas desenvuelta y mas endeble, que un tejido delicado facilita y da presteza, garbo y maña á todos los movimientos, así naturales como voluntarios y esternos. De ahí la causa del mas temprano medro y perfeccion del cuerpo en la hembra que en el varon, y de esto trae tambien su orijen la precocidad fogosa en lo físico y lo moral; pero por la misma causa se halla escluida la mujer del teson y del empuje denodado. Así pues, los dotes del sexo delicado serán mas bien el primor, el ardid y la flexibilidad, que el desembozo y la sencillez.

De ahí dimana tambien la intensa y afectuosa sensibilidad de la mujer, que la habilita para acudir á las urjencias de la infancia, haciéndole llevar las congojas maternas, por el íntimo arranque del cariño, que le ameniza los desvelos y prolijidades caseras. Así es que la constitucion de la mujer es perfectamente adecuada para el desempeño de estas interioridades, obligándola á llevar una vida mas sedentaria y mas delicada que la nuestra. Cuando niña, se encariña con su muñeca; casada, idolatra á sus hijos y á su esposo; y en la vejez, no pudiendo ya embelesar á los hombres con su her-

mosura, se dedica á su Dios; cura un cariño con otro; su destino es amar incesantemente. Tal vez empiece á encariñarse con un amante, pero con el tiempo ama el cariño por lo que es en sí, esto es, por el placer: La naturaleza infunde á la mujer la urjencia de la maternidad, mas poderosa que la vida, y por la cual no hay sacrificio que costoso le sea. La palabra familia se formó de *femina*; pues la mujer y sus hijos son una sola entidad.

En efecto, la mujer se acerca á la niñez en muchas circunstancias; sus huesos son mas pequeños y delicados que los del hombre adulto; su tejido celular, mas esponjoso y húmedo, abulta, redondea y agracia su contextura, y doblega y entona todos sus órganos. Su pulso no es tan lleno, pero es mas veloz; su sangre se agolpa en mayor abundancia á la cavidad abdominal y pélvica, dándole aquella humedad y blandura tan propias para criar y amamantar á un nuevo sér, ya sea en el útero por medio de la sangre, ya en los pechos con la leche. El cuerpo de la mujer es lampiño en el pecho y en la barba (escepto cuando ya pasó la época de la menstruacion; pues hácia este tiempo crece con mas abundancia el vello en su rostro). En los cuadrúpedos y las aves el pelo ó la pluma adquiere viso mas claro ó mas apagado, un entretejido mas blando en las hembras que en los machos adultos, conservando aquellas la librea de su mocedad, con la timidez, la delicadeza y la sensibilidad naturales á la edad primera. Hase notado que la mujer no tiene en algunos casos tantas muelas como el hombre; de ahí

es que come menos, y prefiere alimentos vegetales, dulces y aun azucarados; al paso que el hombre, que ejercita toda su pujanza y se aferra en sus tareas, se ve en la precision de alimentarse mas sustanciosamente; por esto le inclina su instinto al uso de los alimentos sabrosos, calientes y de naturaleza animalizada.

El hombre vive mas fuera de sí mismo por el vigor de sus miembros y lo estenso de sus relaciones y pensamientos; la mujer vive mas en su interior por sus afectos y su solícito desvelo. El uno es la cabeza y los brazos de la familia, la otra es su corazon y su seno. El hombre obra y piensa, la mujer ama, cuida y halaga. El primero fue dotado del númen y de la pujanza; cupiéronle á la segunda mas apacibles dotes, pues posee el donaire, el embeleso y el suave cariño. La mujer no puede alcanzar al hombre por lo que hace á la fuerza corporal y al encumbrado númen, pero tampoco puede el hombre igualar á la mujer en los blandos impulsos del corazon y en lo agraciado del cuerpo. La infancia se acerca á la mujer en cuanto á la complexion, y la mujer de edad madura se asemeja al hombre. Los arranques de este último estriban en la razon; el espíritu de la primera se cifra esencialmente en sus afectos, y franquea á todos sus pasos el embeleso de sus entrañas y su cariño; el hombre estampa en todos los actos su trascendencia filosófica; la mujer enamora, el hombre enajena; la una prenda el corazon é infunde ternura; el otro señorea la mente y lleva consigo el asombro.

Las causas de estas diferencias deben atribuirse

á la constitucion sexual. El empuje vital acabala los órganos superiores del cuerpo del hombre y los inferiores del de la mujer. Nótase en el primero una propension al señorío y á la elevacion, y en la segunda un impulso inverso. Cuájase la vida en la cabeza del hombre, pero concéntrase en la matriz de la mujer. Todo en el primero encarece la potestad protectora; todo muestra en la segunda la delicadeza que hechiza; el uno da, y la otra acepta. Cupo pues á la mujer la sujecion al hombre; pero por esta admirable coordinacion, el mas fuerte quedó avasallado por el más endeble, merced al predominio del cariño; y el mas leve ademan de una tierna mujer basta á desarmar al forajido mas desalmado.

Déjase pues comprender que la vida del hombre debe esencialmente cifrarse en los conatos y el desempeño de su pujanza. Entre los pueblos bárbaros que solo se prendan de las ventajas corporales, la sobresalencia apetecida es la del brio material, del valor guerrero y de la destreza en la caza; pero entre las naciones civilizadas que conocen el precio de la industria y del talento, se encumbran con razon hasta lo sumo el ingenio y los dotes de la intelijencia y de la habilidad. Así pues, el primer objeto á que aspira el hombre sobre toda la tierra es la superioridad, ya física, ya moral; y parece que esta universal competencia, manantial de lides y contrarestos, en armas ó en ingenio, es natural á la especie humana, como ya lo espresa Tácito con estas palabras: *Optimos mortalium semper altissima cupere*. Esta es una de las pruebas mas poderosas de su preeminencia.

cia moral sobre los animales; es, por decirlo así, el instrumento precioso de toda civilización y perfección progresiva. (1)

No son pues nuestras instituciones las que de continuo nos están clamando, *se el primero*; antes al contrario, vemos que nos atajan muchas carreras para evitar los desórdenes que nacerían de las violentas refriegas de la ambición; pero el instinto natural del corazón humano propende al engrandecimiento del *ego*, sea cual fuere el camino por donde se abalanzare, porque el hombre está dotado de mas encumbrada capacidad moral, y de alma mas anchurosa que todas las demás criaturas de la tierra. César, dueño del mundo, anhelaba aun nuevos triunfos.

¿Qué otra cosa puede llamarse el vivir tan intensamente, sino consumir y desperdiciar su existencia? Otro tanto sucede respecto de los deleites, pues Sardanápalo, en medio de sus mujeres y del embeleso que destella sobre el trono, ahito de todo, pero no satisfecho, proponía aun premios al que descubriera logros desconocidos. ¿Adonde condujeran tales investigaciones, sino á torpezas horrosas, á as-

(1) Xenofonte (*in Hierone*) prueba que el hombre por excelencia es el que busca con mas ardor la gloria, y el que mas superior se muestra al instinto de los animales, menospreciando los peligros y la muerte (v. tambien Ciceron, *de Senectute*, y *Tusculan. quest.*, lib. II, y el escéptico Sexto Empirico, *Hypotypos.*, lib. X. páj. 456, y S. Agustin, *Civit. Dei*, lib. V, cap. XII.) Tales fueron siempre los valientes pueblos celto-jermánicos, segun Saxo, el gramático, lib. VII, y Tomas Bartolino, *Antiq. Danicæ*, lib. I, ap. II, etc.

querosos desvaríos que se estrellan con la naturaleza!

¿A qué peligros no se arrojan temerariamente la mayor parte de los hombres, arrebatados por la mocedad, el denuedo y la ignorancia del riesgo, y embriagados con el orgullo de sus propias fuerzas? Hanse visto filósofos, llevados del ansia del saber, engolfarse en las llamas y en las explosiones de los volcanes, como Empédocles, que se precipitó en el cráter del Etna, y Plinio el naturalista, que fue sufocado por la lluvia de fuego del Vesubio; y con todo, este incontrastable arrojó constituye el verdadero triunfo del hombre, porque, entre todos los vivientes, es el único que osa sobreponerse á la muerte y que ve en ella la inmortalidad.

Al contrario, la gloria de la mujer se ha cifrado en todos tiempos en sacrificarse por la felicidad y el mantenimiento de su familia; debiendo á ella principalmente la existencia, sus hijos acuden con razon á sus desvelos y á su tierna y solícita vijilancia. Mientras que el valiente Hector sale á defender los muros de Ilion, ciñese el deber de Andrómaca á cuidar del tierno Astianax. El incomparable Homero nos franquea con este ejemplo la estampa mas bella y natural de las relaciones del hombre con su familia.

En efecto, la constitucion blanda y delicada de la mujer, sujetándola á una existencia sedentaria en el recinto de sus tareas caseras, deberá su vida ser mas larga, mas uniforme y mas apacible que la del hombre, para quien tales hábitos serian justa-

mente un baldon: el hombre, en cierto modo, debe matarse para sustentar su familia. Los animales machos solo estan destinados para fecundar á la hembra, y los estambres en las plantas no sirven mas que para empapar los pistilos de su pólen; de ahí es que, mientras las hembras subsisten como centro reproductivo, perecen los machos ya inútiles. Asimismo, la vida del hombre debe ser mas esplendorosa y esforzada que duradera; y se infama con el justísimo apodo de cobarde cuando antepone su existencia á los actos varoniles. No nació ciertamente para sí, sino para su familia, para su nacion, para el jénero humano, como la abeja para su colmena. Así pues, la verdadera grandeza del hombre descuella sacrificándose por la utilidad de sus semejantes; la virtud y el númen dimanar del medro cabal de sus facultades varoniles y jenerosas.

La mujer posee carnes blandas, órganos flexibles que ceden fácilmente á todo impulso, facciones agraciadas, intensa sensibilidad. Siguese de lo mismo que es mas propensa al remedo que el hombre, que sabe seguir el hilo de las impresiones, que su imaginacion mas pronta es tambien mas prepotente sobre su cuerpo, y que se franquea mas que el hombre á las ajitaciones del corazon. La variedad de sus sensaciones se opone á su profundidad y duracion; y así es que si bien las mujeres son menos indiferentes que los hombres á los placeres y á los quebrantos, los experimentan mas levemente; y como la movilidad nerviosa escluye necesariamente la permanencia de sus impulsos, logran mas sensa-

ciones que los hombres; comprenden mejor el por menor de las entidades que sus enlaces y contrapositiones; particularizan los objetos que el hombre se dedica á jeneralizar; estan dotadas de un tacto primoroso y de perspicacia, mas bien que de conceptos hermanados; desmenuzan lo que el hombre abarca; nosotros vemos el conjunto, ellas deslindan las circunstancias.

Las mujeres son de complexion sanguínea. La movilidad de su carácter procede tambien de esta causa, pues la flaqueza muscular favorece la actividad nerviosa. Hé aquí porque las mujeres son mas propensas que los hombres á las enfermedades de los nervios. Las relijiones han sido principalmente introducidas por las mujeres, y no sin motivo les atribuye Platon los sacrificios espiatorios. La historia nos muestra tres emperatrices, Constanca, esposa de Licinio, Eusebia, mujer de Constancio, y Domínica, esposa de Valente, que propagaron en Oriente la doctrina de Arrio. Cuatro reinas plantearon el cristianismo en el Occidente, Clotilde, esposa de Clodoveo, Ingunda, mujer de San Hermenejildo, Teodolinda, esposa de Ajilulfo, y Berta, mujer de Etelredo. Una hermana de los emperadores Basilio y Constantino, desposada con un gran duque de Moscovia, llamado Volodimer, logró que este abrazase el cristianismo, ejemplo que imitaron presto los Moscovitas al fin del siglo X. Hacia el mismo tiempo Micislao, duque de Polonia, fué convertido al cristianismo por su esposa, hermana del duque de Bohemia; los Búlgaros recibieron la fé por el

mismo conducto; y finalmente, Gisela, hermana del emperador Enrique II, hizo abrazar la religión cristiana á su marido rey de Hungría, el año 1001. Las emperatrices Irene, viuda de Leon IV, y Teodora, viuda de Teófilo, restablecieron en Constantinopla el culto de las imágenes volcado por los iconoclastos; una princesa de Gales sostuvo en Inglaterra la doctrina de Wiclef, etc.

La mayor parte de las supuestas posesas son mujeres histéricas. Los antiguos Galos y Germanos creían que las mujeres merecían la inspiración de los dioses, y las consultaban en todos sus negocios. En efecto, las mujeres se dedican más que los hombres al ejercicio de adivinas, sibilas, pitonisas, hechiceras, etc. Cuanto más endeble es el cuerpo, tanto más pujante y activa descuellá la fantasía.

Es también de notar que los hombres de más osadas opiniones, y los que se titulan ateos, son todos de temperamento bilioso; pero ninguna mujer ha sido atea jamás. El fanatismo es casi natural en los hombres de constitución recia, tales como los Turcos, los Tártaros, etc., y por eso se enamoraron de los desvarios de Mahoma. Las opiniones austeras se arraigan de suyo en cuerpos esforzados, y las opiniones suaves se señorean de las índoles apacibles; de ahí es que divisamos los objetos, no tales como los creó naturaleza, sino tales como nos los dejan percibir nuestros órganos: cuando mozos todo nos parece ajustado; ancianos, todo asoma al través; en la edad pujante nos desmandamos por osados; en la descendente nos postramos por sobrado flojos;

y la verdad es para nosotros un punto tan tenue y sutil, que, ó bien no lo alcanzamos, ó lo traspasamos. La edad, el sexo, el temperamento, las pasiones, todo contribuye á torcer nuestra débil razón. Zozobrando en incesante vaiven desde uno á otro extremo, casi siempre salimos de esta vida sin atinar con el lecho de la verdad.

Hallamos también en los caracteres morales de ambos sexos otras diferencias que prueban ser estas facultades esenciales y orgánicas. El hombre está propenso al orgullo, la mujer á la vanidad; el uno muestra arrogancia y un carácter naturalmente bronco; la otra manifiesta índole blanda con accidentes de ardid y travesura. Si echamos en rostro á la mujer el capricho y la frivolidad, reconoceremos en el hombre un carácter tenaz y desabrido; si la una es demasiado crédula y tímida, es el otro sobradamente incrédulo y denodado. La primera anda en pos de lo bonito y agradable; el segundo se aferra en lo arduo y trabajoso; por último, la mujer adquiere aquel temple social, aquel donaire, aquel jenio festivo, aquel delicado tacto de que carece el hombre, el cual contrapone á estas prendas la solidez y estension de sus miras.

Si consideramos la delicadeza de las fibras, la blandura del tejido celular y sus medros, las formas suaves y agraciadas de esta preciosísima mitad del género humano, con razón debemos esperar de ella los tiernos afectos de humanidad, de compasión, de solícita intimidad y de conciliación, que mantienen á sociedad, unen sus diversos miembros, estrechan

los vínculos de familia, y constituyen el mas delicioso dote de la maternidad. La mujer, por su cariño, se penetra de la necesidad de amar y agradar; diríjese y quéjase al corazon; jamás la infancia implora en vano su piedad; arrostra por su hijo todos los sufrimientos y todos los riesgos; lánzase para salvarle á las llamas y á las olas; todos los desgraciados son suyos: consagrada al oprimido y al doliente, parte con él sus aflicciones y su dolor; vé-sela marchar al cadalso con una víctima, y satisfecha de tantos sacrificios, no pide mas grata recompensa que la de ser amada.

¡De qué pujanza no ha de estar dotado un sistema nervioso capaz de tan ardiente sensibilidad! ¡Cómo es posible que este sér tan fino y tan tierno pase repentinamente de la blandura tan natural á su sexo á las abominables exaltaciones del crimen y á los horrendos hechos de una Fredegunda! ¿Porqué se presenta unas veces cual atroz Cleopatra, ofreciendo envenenada copa á su rival y á su hijo; otras veces cual Emilia sacrilega que quiere inmolar á su bienhechor, ó cual celosa Hermíone pronta á desgarrar el corazon de un amante infiel? *Notumque furens quid fœmina possit.* Sanguinaria é implacable para satisfacer la sed de venganza que la devora, llevará la crueldad al delirio y á la rabia, porque tambien lleva la virtud á los escesos mas sublimes. Es Alceste muriendo por su esposo; es una Indiana precipitándose á la hoguera que consume á su marido; es una Lacedemonia clavando á su hijo el puñal en el corazon, porque volvió en una derrota la



*Altezza di Maria Antonietta*

espalda al enemigo; es Eponina abandonándose con Sabino á los prolongados horrores de la miseria y del destierro; es Arria mostrando á Peto la daga ensangrentada que se hundió en el pecho, diciéndole que no duele; son tambien aquellas magnánimas Francesas que acompañaban en la proscripción, á los calabozos, al cadalso, á sus padres, á sus esposos, hijos y hermanos, en medio de la tormenta revolucionaria.

El bien y el mal dimanen en la mujer de un mismo origen. Aquella Bacante desmelenada y furibunda, aquella Mesalina derramada y disoluta, no debían su vergonzosa brutalidad sino al esceso torcido de una sensibilidad estremada, la cual en sentido opuesto llevó á Lucrecia violada á hundirse el puñal en el pecho. La debilidad de lo moral, ó la del sistema nervioso, hace susceptible á la mujer de estas profundas agitaciones y de las soflamas mas estremadas. En efecto, todo ejerce poderoso imperio sobre esta organizacion tierna y delicada, y sobre unas fibras sutiles y sumamente irritables. La misma impresion que apenas puede conmover los recios músculos de un atleta, de un guerrero curtido en fatigas, reencuentros y batallas, volcará á una mujer delicada. El héroe, el hombre grande, el verdadero filósofo, sabe enfrenar sus pasiones, avasallar sus sentidos, vencerse, en una palabra, por la pujanza única de la cabeza; la mujer por lo comun (pues hay en este respecto muchas y honoríficas excepciones), tiranizada por la sensibilidad de su naturaleza, no es tan capaz de tener á raya sus impul-

Lana. 5.

Tom. I.



1. Ostiáco 2. y 3. Mujer y niño Kamtschadales.



sos. De ahí es que se cuentan mayor número de mujeres que de hombres dementes; ¡hasta tal punto les desconcierta la fantasía su estremada sensibilidad! Algunas experimentan á veces, de resultas del estado del cuerpo, como, por ejemplo, al principio de la preñez, ó á causa del histérico, un sinnúmero de antojos.

## ARTICULO PRIMERO.

## DIVERSIDADES DE CASTAS DE MUJERES EN EL GLOBO.

Aunque debemos considerar el sexo femenino derramado sobre toda la tierra como dividido en iguales castas que el hombre, echarémos de ver suma variedad en la hermosura de las mujeres. En el Norte son jeneralmente mas rubias que los hombres, y su nevada blancura dejenera á veces en frialdad. Todas las mujeres meridionales son morenas, mas ó menos agraciadas; pero el sexo mas hermoso de la tierra habita en las rejiones templadas de Europa y Asia. Las Españolas mas bonitas se encuentran, segun dicen, en la Andalucía, y las Portuguesas mas lindas en la ciudad de Guimaraens. Vense hermosísimas mujeres en muchos lugares de Italia; las Sicilianas y Napolitanas, oriundas de las antiguas colonias griegas, logran la nombradía de beldades; las Albanesas estan bien formadas, y las mujeres de la isla de Escio parecen muy bonitas; las del Archipiélago del mar Ejeo son muy blancas, festivas y ca-

riñosas, y tienen, como todas las Griegas, ojos rasgados y espresivos.

Pero los modelos mas embelesantes que han salido de las manos de la naturaleza son las Circasianas, las Cachimirianas, las Jeorjianas, y jeneralmente hablando, las mujeres de todo el Gurjistan, de la Imeretia y de las faldas del Cáucaso; así es que estan exclusivamente reservadas en los paises mahometanos para los únicos creyentes del profeta, y ni cristianos ni judíos pueden comprarlas en todo el imperio turco. Segun testimonio de los observadores mas recientes, parece que las Lesguias escenden en hermosura á todas las demás; pero no nos atrevemos á asegurar que sean muy recatadas. Algunos autores han afirmado que todos esos paises poblados de hermosas mujeres venian á ser el gran *lupanar* del Asia. En las rejiones habitadas por este bellissimo sexo no se ve un solo rostro feo, ni aun entre los hombres; pero las mujeres son allí muy propensas al amor, y sus maridos poco celosos. Es muy estraño que tan bellos pueblos esten cabalmente rodeados de los mas feos habitantes de la tierra, de asquerosos Calmucos y Tártaros Nogais, chatos, juanetudos, de ojos desviados, de piel curtida y de color de hollin desleido. Sin embargo, es evidente que son idénticos el clima, el terreno, y aun los alimentos: á pesar de eso, la casta es muy diversa; pues las Calmucas no son menos horrosas que sus maridos, llevan los pechos pendientes y desmazalados, cual si fuesen de cuero curtido, con un pezon descomunal, negro como tinta; tie-